

Puerta de cuentos

Donny Arroyo



Image not found.

Capítulo 1

La perilla negra

-Autora: Daemona Spindel

Es triste que las personas se olviden de aquellos que los han amado y no los recuerden sino hasta que ya es demasiado tarde.

La semana pasada fue el funeral de mi abuelo, al enterarse de la noticia mi papá lloró, mi mamá lo consoló y mi hermana y yo nos quedamos viendo la una a la otra sin saber muy bien que hacer.

Algunas horas más tarde la familia se encontraba en un camión camino a casa de mis abuelos. Era extraño, pues ocasionalmente ellos nos habían visitado, pero nosotros nunca habíamos ido a la casa de aquella amable y sabia pareja.

La casa era pequeña pero pintoresca. Esa casa era el orgullo de los abuelos y la cuidaban con un gran cariño, y con gran seguridad podría afirmar que era la casa más bella de la cuadra entera, desde la entrada principal se podía distinguir un estilo exquisito y extrañamente cálido.

La puerta principal era de una madera oscura conocida como ébano. Era preciosa, y había grabadas en ella una especie de ramas de enredadera, en la cual, si se observaba con cuidado, podrían notarse toda clase de insectos. Mariposas, polillas, mántidas, abejas, luciérnagas, grillos, e incluso algunas arañas, aunque no fuesen insectos, cada uno de ellos sumamente detallado. Era una artesanía de extremo a extremo. Pero lo que más llamó mi atención fue definitivamente una especie de escarabajo negro que fungía como perilla y se encontraba justo en el centro posado, y era tan realista que sentí por un momento que, si intentaba poner mi mano sobre él, este saldría volando. Pero eso no ocurrió.

Mi abuela nos vio llegar a través de la ventana y salió a recibirnos antes de que cualquiera de nosotros pudiese poner un solo dedo sobre la puerta. La mujer que yo siempre había visto con una impecable sonrisa tenía ahora lágrimas cayendo de sus ojos y necesitaba más que nunca el apoyo del único hijo que había tenido, por lo que apenas lo vio se lanzó a sus brazos y lloró de una forma que sólo podría definir por medio de la expresión "a moco tendido".

En medio de la sala se encontraba una caja, rodeada por personas que yo no conocía. Algunas lloraban, otras observaban la caja sin expresión en el rostro y otros simplemente se mostraban desinteresados, pero guardaban

silencio por respeto. Aquella noche la sala no se vació, y mi madre, mi padre, mi hermana y yo ayudamos a repartir pan, té y café a los que se encontraban velando el cuerpo.

Al llegar la mañana todos nos dispusimos a salir para llevar el cuerpo al jardín del recuerdo, realmente, así que entre algunas personas levantaron la caja y caminaron lenta y cuidadosamente hacia la puerta, una mujer se dispuso a abrir la puerta de la entrada, pero parecía que estaba atorada, la perilla ni siquiera giraba. En ese momento mi abuela que había ido a su habitación por su suéter llegó hasta donde la mujer intentaba abrir la puerta.

—Tía, su puerta está atascada, tal vez si tiene algo de aceite podamos abrir la puerta.

Aunque intentó disimularlo, la preocupación que mi abuela comenzó a sentir se vio reflejado en su rostro y ligeramente en su voz.

—No, cariño, sería gastar mucho tiempo. Salgamos por la puerta de la cocina.

Todos parecieron estar de acuerdo con la idea de la abuela así que comenzaron a caminar cargando el pesado cuerpo hasta la cocina. Tal vez la abuela creyó que ya todos estábamos fuera de la sala, porque de un segundo a otro dejó de disimular para dejar al descubierto lo mucho que el comentario le había afectado, pues se acercó al escarabajo negro de la puerta y con la voz quebrándose dijo.

—Yo sé lo mucho que lo quieres, y que esto es también muy difícil para ti—. Se detuvo un momento para intentar controlar su voz, y al serenarse continuó. —Pero por favor, es momento de dejarlo ir, yo también estoy pasándolo muy mal, necesito tu apoyo más que nunca. Te lo suplico.

Cuando terminó de hablar, tomó la perilla y la giró, de inmediato la puerta se encontraba abierta. No vi mi cara en ese momento, pero pude imaginarme la sorpresa que denotaba, y estaba tan sorprendida que no noté cuando mi madre llegó a mi lado para avisarle a mi abuela que ya habían sacado el cuerpo y para llevarnos con ella. Tampoco noté cuándo la puerta se cerró nuevamente y estoy segura de que la abuela tampoco me notó a mí ahí.

Lo que ocurrió después del funeral fue que papá decidió que nos quedaríamos con la abuela por el resto de las vacaciones. Él quería asegurarse de que su madre estaría bien, y todos lo apoyamos. Por lo que mi mamá y mi hermana volvieron a casa al día siguiente para asegurarse de que todo estuviese en orden y que tendríamos mudas de ropa

suficientes para el resto del verano.

Mi padre, mi abuela y yo nos quedamos solos en la pequeña casa, y como mi abuela estaba bastante distraída por su tristeza, mi padre le pidió que no saliera y le dijo que él se encargaría de realizar las compras. De manera que la primera mañana mi padre salió con una lista en la mano y yo me quedé en la casa para cuidar a la que ahora se había convertido en la única dueña, y como estaba exhausta se encerró en su habitación para dormir y mientras tanto, yo decidí explorar la casa.

Realmente no había mucho que me llamara la atención, más allá de un cuarto de muñecas y juguetes muy bellos, pero posiblemente también muy delicados, pues se encontraban guardados en vitrinas de vidrio. Y otro detalle que logró captar mi atención fue algo que todas las puertas tenían en común, todas, sin falta tenían una especie de escarabajo tallado delicadamente, pero cada uno de ellos era diferente, como sea el detalle no cobró verdadera importancia sino hasta el anochecer.

Todos nos encontrábamos durmiendo en nuestras respectivas habitaciones, o al menos intentando dormir, yo simplemente no podía, así que decidí bajar por un vaso con agua y después pasar al baño, caminé de la forma más silenciosa que pude considerando que el suelo estaba hecho de madera, y creo que logré llegar a la cocina sin que nadie despertara. A pesar de que yo me encontraba terriblemente adormilada noté algo que me extrañó mucho.

No había escarabajo tallado, ni marca de uno en la puerta frente a la que me encontraba, de manera que encendí la luz para estar segura de que no estaba viendo mal, y para mi sorpresa no, no había visto mal. Ahí no había nada, revisé un par de puertas más que se encontraban en el piso de abajo, no había ningún tallado en ninguna de las puertas.

Pero lo que casi me hizo gritar fue otro pequeño detalle, al bajar mi mirada al suelo, me vi rodeada por diez escarabajos tallados en madera, y se hizo aún más raro cuando la impresión me hizo dar un pequeño salto mientras me cubría la boca, pues estos salieron corriendo por el piso de madera, y se podía ver cómo la madera tallada se iba recorriendo hasta ocultarse bajo mesas, sillas y demás muebles.

Simplemente me quedé congelada por al menos un minuto, cuando logré recuperarme de la sorpresa, noté como uno de los insectos salía corriendo desde debajo de un mueble y desaparecía en la puerta. Estaba asustada, pero lo que estaba viendo era simplemente demasiado para creer que realmente estaba ocurriendo, de manera que me acerqué a la puerta.

Mariposas, polillas, mántidas, abejas, luciérnagas, grillos, e incluso algunas arañas, aunque no fuesen insectos, cada uno de ellos se movía entre las ramas de enredaderas florecientes. Las mariposas revoloteaban

al igual que las abejas buscando algo de néctar en los botones de las flores talladas, las luciérnagas flotaban emitiendo destellos, los grillos cantaban sin emitir sonido, las arañas tejían hermosas redes para atrapar alguna polilla. No sé cuánto tiempo estuve ahí, sólo sé que cuando el reloj estaba a punto de marcar las siete de la mañana en punto los escarabajos se precipitaron a ocupar sus respectivos puestos en las puertas de la casa y como una cereza en un pastel muy extraño llegó caminando triunfal un objeto cuya ausencia no había notado. Un escarabajo de ébano que me miró por un segundo antes de trepar por la puerta de la entrada principal y colocarse en el lugar que le correspondía.

Todo en la casa volvió a su estado normal, yo volví a mi habitación asignada, e intenté procesar lo que había ocurrido, no pude. Las noches siguientes intenté mantenerme despierta de nuevo, pero no lo pude lograr de nuevo. El día de volver a casa llegó y yo no pude evitar sentirme derrotada. Aun así, algo que puedo decir con seguridad es que no he vuelto a ver nada tan extraordinariamente bello y peculiar como lo ocurrido aquella noche y que sé que no podré olvidar jamás.

Capítulo 2

La piel del sapo

El bosque mantenía su constante marcha de vida. Era de noche, la luna llena justo alumbraba sobre los árboles. Cada animal se dedicaba a lo suyo. Algunos descansaban, otros cazaban, otros huían, y otros pocos simplemente andaban por el laberinto de árboles sin importar la oscuridad. Tal era el caso del pequeño sapo, que daba brinquitos avanzando lentamente entre las hojas caídas.

El sapo estaba enojado. Iba pensando en la molesta situación que ya lo frustraba y acababa con su paciencia. El pequeño no estaba conforme con su piel. Siempre se quejaba de la verdosa, arrugada, y seca piel que se cargaba. Simplemente le desagradaba. Aquella noche se encontraba más enojado que en cualquier otra. Ya no estaba dispuesto a seguir soportando esa piel, sentirse incómodo, infeliz, y rechazado por algunos animales del bosque.

De pronto, vio como un pequeño ratón caminaba directo a su madriguera. Lo observó detenidamente, y se dio cuenta del hermoso pelaje que llevaba. Un pelaje cómodo, confortable, con un color café y brillante. El sapo pensó "Esa piel se vería perfecta sobre mí"

Convencido por la idea, siguió al ratoncito hasta su madriguera, y una vez dentro, lo sorprendió por detrás, y sin dar aviso, desprendió la capa de piel peluda del ratón. Dejó al roedor botado. El pequeño sapo se arrancó su propia piel de un jalón y enseguida se colocó la del ratón, ajustándosela poco a poco como si de una pijama se tratase. Finalmente, tenía el pelaje puesto. Contento por su nueva adquisición salió fuera de la madriguera probando sus primeros brincos. Comenzó a andar entre hojas y ramas por el suelo, presumiendo su nuevo pelaje.

"¡Miren, miren! ¡Soy un bello sapo peludo!" Se movía a todas direcciones con alegría, hasta que un pequeño apretón lo hizo caer. Confundido, inspeccionó el pelaje. Notó que estaba muy ajustado, de hecho, ni siquiera cubría sus patas y no lo dejaba moverse libremente, mucho menos con lo gordo que estaba. "¡Rayos! ¡Esta piel es muy incómoda!" Intentó acomodarla durante un rato sin parar de quejarse, pero era imposible. La piel no era para él.

Rendido, desprendió la piel del ratón y la botó en la tierra. Ahora se encontraba sin piel alguna que lo protegiera. Decidió seguir caminando

por el bosque, un poco triste, en busca de un nuevo abrigo.

Pasaron las horas y el pequeño sapo brincaba y brincaba sin encontrar lo que buscaba. Hasta que al fin, sus ojos se encontraron con un pequeño armadillo. Se acercó rápidamente contemplando su piel, que en realidad tomaba el papel de una coraza. Era dura, imponente, brillante... "¡Era increíble!" Pensó el sapo. Llegó hasta el armadillo, que apenas doblaba su tamaño. El pequeño animal de coraza recibió al pobre sapo sin piel, pero sin darle tiempo de saludar, el sapo se lanzó contra él y de un jalón le arrancó su gran armadura. El armadillo quedó al desnudo. El sapo salió corriendo arrastrando, y cuando perdió de vista al armadillo, se colocó la coraza encima.

"¡Es muy imponente!, ¡Todos me temerán!, ¡Me amarán!" El sapo se preparó para dar su primer brinco con la nueva armadura puesta. Se impulsó, y saltó... Pero inmediatamente fue devuelto al suelo con un fuerte golpe. ¡Qué dolor!

El sapo se dio cuenta de que ni siquiera podía cargar con la coraza encima. Rayos, era bastante grande y pesada. ¡Jamás podría moverse así!

Decepcionado, se desprendió la armadura y la abandonó junto a un árbol. Volvió a emprender su camino. Frustrado y triste de no encontrar una bella piel que le quedara a la medida.

Justo cuando iba a rendirse, un camaleón apareció frente a él, cambiando del color verde de las hojas a un tono rojo. ¡Qué impresionante! Al sapo le encantó la idea de aquella piel. Aunque fuese un poco arrugada, era brillante, y tenía la mejor facultad que hubiese visto. Dio brincos hasta el camaleón, éste intentó esquivarlo, pero fracasó. El sapito tiró de su cabeza y le arrancó la piel sin causarle ningún desperfecto. El camaleón echó a correr desnudo.

El sapo pidió porque esta piel en verdad le quedase, se la puso poco a poco, la ajustó, y finalmente consiguió estar dentro de ella, sin tomar en cuenta el saco de cola que arrastraba, y lo mal que le quedaba en las piernas... A decir verdad, por todas partes. No le importó, se veía hermoso. Comenzó a brincar con dificultad, sintiéndose el más bello del lugar.

Después de un largo paseo, pensó "Si el camaleón podía cambiar al color de las cosas, yo también puedo" Convencido, subió hasta la punta de un árbol, cayendo de vez en cuando, pero hasta que lo consiguió. Una vez arriba, se postró ante el cielo que ya se ponía azul con los primeros rayos de sol asomándose. Se concentró, apretó con fuerza sus ojos y luchó por cambiar su piel, pero nada pasó. Probó una vez más, esta vez apretando con más fuerza, pero no funcionaba. La piel no cambiaba de color, incluso

parecía estar perdiendo su original tono rojo.

No pensó soportarlo, se quitó la piel de inmediato y la arrojó al vacío. Se bajó de las alturas de inmediato, y brincó por todo el bosque sin consuelo, abatido por la situación. Hasta que después de unos minutos, llegó ante un río. Decidió subirse a una roca elevada por encima del agua, un lugar perfecto para desahogarse. Apreció la salida del sol a lo lejos, sin dejar de pensar en lo mal que se sentía por no encontrar una piel ideal.

De pronto, un grupo de sapos pasaron brincando por el río. Eran sus conocidos. Aquellos sapos eran felices, brincaban y reían, mostrando sus imponentes saltos y su bella y arrugada piel verdosa. Ellos si estaban contentos con cómo eran, ¿Por qué él no?

Fue en ese momento cuando se dio cuenta. Debía estar feliz con su propia piel, pues no habría ninguna otra que le quedara. No debía estar inconforme, ni envidiar la de los otros animales, pues cada quien tiene una característica personal, y cada quien debe quererse y valorarse como es, pues simplemente, puede no quedarnos la piel de los demás.

Debía recuperar su piel. Bajó de la roca y brincó a toda prisa en dirección a la madriguera donde había dejado su piel inicial. Estaba desesperado, ahora tenía todas las ganas de reunirse con su verdadero yo. Fue a toda prisa, a punto de adentrarse entre los árboles, y de repente, un ave se desplazó por el suelo, pescando al pequeño sapo con su pico y llevándose en el vuelo, usándolo como alimento. Al final, la decisión del pequeño sapo ya era irremediable.